

No pensé, como muchos, en criticar la fé sincera y sencilla de nuestro pueblo; en llamar fanáticos a los niños y a los padres que tales cosas les enseñan.

Ideas más nobles me preocupaban durante el camino; la compasión estremecía mi alma tiernamente, y sentí una horrible tristeza.

Con seguridad que aquellos niños necesitaban algo muy urgente. Quizá estuvieran enfermos sus padres, quizá faltaran pan y medicinas en su hogar. Algo sucedía en la casa de aquellos niños. ¿Cómo, mientras ellos rezaban, pude yo permanecer más quieto y mudo que la estatua de la Virgen, y no moverme a compasión? ¿Siendo testigo de aquella plegaria, por qué no corrí a preguntar qué la motivaba?.

¿Por qué, pudiendo haber hecho el importante y meritorio papel de Providencia, me concreté a desempeñar el vulgarísimo papel de espectador del dolor y la miseria de mis hermanos?

No pudiendo acallar las voces de mi remordimiento, devolvíme a buscar a los niños por el Callejón de las Tenerías.

Empeño vano. No aparecieron por ninguna parte. Regresé a mi casa. Al pasar no lejos del puente, volví mis ojos a la imagen, que impasible y muda, miraba al cielo.

¿Por qué no movía sus labios de piedra para decirme en donde vivían los niños?

El cielo continuó llorando copiosamente. El arroyo mugía triste y desesperado. Mi corazón palpitaba desesperado también. No había remedio. Marché a mi casa. ¿Qué miserable fui!. Esa noche pude haber dormido con la tranquilidad y la dulzura del que ha hecho bien y se siente feliz. Nada. La oportunidad se fué, dejándome un remordimiento inefable. ¡Pobres niños!.

En la hora del ensueño, se reprodujo la escena del puente de la Purísima. Me levanté como sonámbulo, para hablarles a los niños, y me restregué los ojos. Era mentira. Todo estaba silencioso, ya ni la lluvia caía. Todo descansaba. Aulló el perro de mi casa con un lamento de tristeza inexplicable, y el gallo anunció la media noche. ¿Sería aquella una protesta que la naturaleza lanzaba en mi contra, porque el día terminaba sin que yo hiciera aquella obra buena?

¡Sólo Dios lo sabe!

De nuevo, y ya bien despierto, recorde a los niños del puente de la Purísima.

¡Pobres niños! ¿Qué remordimiento me causa recordarlos. . . !

ROCIO FILOSOFICO ABRIL 1929

Es tan crecido el número de los canallas que no sabemos cómo hay todavía en este mundo personas dispuestas a prodigar beneficios. Sin embargo digamos que nos va bien si no crucifican nuestra vida con algún daño.

Vivimos siempre con una balanza en la voluntad y el corazón. Se nos dió para pesar la bondad y la maldad de nuestras obras; pero nosotros la usamos para lo que nada nos interesa; las ajenas.

Que sean díscolas y maledicientes y chismosas las mujeres es cosa natural; pues de alguna manera han de probar su debilidad.

Lo raro es que los hombres, llamado sexo fuerte, tengamos los mismos y peores defectos.

No llares sabio al que ha leído mucho. Este, como el fonógrafo, repite obras ajenas.

El que elabora verdades allá en el crisol de su cerebro; el que conoce la naturaleza y la vida con sus propis energías; ese merece, justamente, el título de sabio.

¿Cómo queremos que nuestros hijos y discípulos aprendan la ciencia del bien y la virtud si nos empeñamos en darles ejemplos de vicios?

La teoría del consejo y la regla únicamente llaman al buen camino. En cambio, los ejemplos malos son más elocuentes; atraen y arrastran al mal camino.

El ambiente que respiramos ha llegado a tal grado de maldad que es imposible que nuestros hijos nazcan inocentes.

Rousseau en su tiempo (siglo XVIII) diría verdad al afirmar que el niño nacía bueno. Lo que es hoy se equivoca: el niño nace con el alma enferma, trae gérmenes del mal.

ROCIO FILOSOFICO
MARZO 1929

Hay en la vida dos fuentes de sinsabores; la primera es el destino; la segunda, nuestra mala conducta. ¿Por qué no cegamos la segunda?

Cada hombre es director de su propia existencia.

Virtud indispensable para quien dirige es la justicia, porque ella comprende todo lo necesario para triunfar.

Lo que siembres cosecharás. Procura sembrar bondades y perdones.

No hay fatalidad que condene al hombre a ser siempre malo. Todo depende de su voluntad. Si no fuera así, Dios no habría inventado el perdón. En el cielo es mayor el número de los que se levantaron con el perdón que el de los justos.

En asuntos de justicia las pasiones son malas consejeras, porque estorban para mirar la realidad.

¿Por qué se empeñarán los hombres en estudiar la vida con la experiencia, si la historia puede darles las mismas lecciones y con menos peligro?

Lo que es realmente bueno o realmente malo, ni puede confundirse ni cambiará jamás.

Dicen que sólo el amor es capaz de perdonar las ofensas. Quizá sea el de Dios; porque el de los hombres fué hecho para la venganza.

Yo creo que el dolor que amarga la vida es tan necesario como la sal en las aguas del mar. Con sus castigos y lecciones preserva contra la corrupción de las costumbres.

SOBRE LAS FABULAS

Dice Voltaire en su *Ingenuo*: "Me gustan las fábulas de los filósofos, río con las de los niños y odio las de los impostores". Calificaremos ese gusto, esa risa y ese odio.

En literatura, fábula es la narración de hechos inventados en la cual personalizamos animales, vegetales, minerales o cosas abstractas, para comunicar la enseñanza de una regla de moral.

También se toma la palabra fábula en el sentido de mentira. Este vocablo es de origen latino: de for, fari hablar.

En el sentido de "hablar" corresponde a filósofos, niños e impostores, y no cabe duda que menos conviene escuchar, y a quienes hay que hacer guerra para callarlos y guardar la salud de nuestras almas, es a los impostores.

En el sentido de "mentira", si corresponde a filósofos, hay que tomarlo muy a mal, por que no son compatibles las ideas de "amantes al mismo tiempo de la verdad y la mentira". Además todo filósofo que miente, lo hace a conciencia, y por ésto bien merecería figurar en el grupo de los impostores y recibir, por engañador y pervertidor, todas las manifestaciones de nuestro odio. Reír con las mentiras de los niños es aplaudir con los ensayos inocentes del pecado. Si más tarde hemos de castigar con odio al filósofo embustero, y al impostor, lo mejor sería no permitir los ensayos de quienes, con el desarrollo de su talento, pudieran llegar a filósofos y a impostores.

En el sentido de "fábula literaria" tiene razón el Sr. Voltaire: el filósofo que enseñe verdades por medio de cuentos, es, sin duda alguna, el más simpático maestro. Su enseñanza impresiona hondamente nuestros corazones.

Las fábulas que hacen los niños queriendo copiar lo que aprenden en la vida no siempre son dignas de risa y de aplauso. Hay ocasiones en que más bien inspiran nuestra lástima, porque son la visión de un porvenir nada halagüeño. Sin embargo los niños "juegan a lo que es la vida" y ríamos con su inocencia, mientras nos toca llorar con la realidad de sus miserias.

Las fábulas de los impostores son peligrosísimas, porque son "carnada" del anzuelo o red de astucias para atrapar a los incautos, sacarles provecho y luego abandonarlos con el alma atrofiada y el corazón ulcerado.

Odiar las fábulas de los impostores es trabajar en la higiene de nuestro espíritu.

No hay microbio tan peligroso como el de las malas ideas.

Odiemos, pues, las fábulas de los impostores. Gastemos de las que nos regalan los filósofos. Demos con el ejemplo de nuestras vidas, temas decentes y nobles que inspiren las fábulas de los niños.

Y entonces ese "gusto" será bueno y esa "risa" será buena y ese "odio" también será bueno.

¿PARA QUE ESCRIBIMOS?

Mira, lector querido, no lo hacemos para realizar una de tantas manías que suelen poseer ciertos cerebros enfermos.

No es para tener un desahogo en nuestros momentos de ocio, que son muy escasos.

Escribir significa un esfuerzo mental más o menos grande; un poderoso anhelo de trabajar por la cultura de nuestros obreros; y el afán incansable de cumplir, justamente, los deberes que corresponden a la Comisión de Prensa.

Escribimos para el obrero y para su hogar.

Mas es razonable que, en justa correspondencia, aguardemos nosotros el honor de la atención y la lectura.

El otro día que platicaba con uno de mis consocios me decía lo siguiente:

"Profesor, yo hago que mi esposa y mis hijos lean las diferentes secciones de la Revista. De buena gana desearía que se aprendieran las enseñanzas que contiene".

Me agradaror tanto estas palabras que no quise guardarlas para mí solo, sino que las digo para alentar a mis compañeros de redacción y para ejemplo y estímulo de quienes nos lean.

Sí, escribimos para que nos lean aquellas personas a quienes, con tan buena voluntad, obsequiamos nada menos que los más preciosos momentos de nuestro descanso.

Además nunca hemos elegido temas al azar, sino con toda intención, los que juzgamos aprovechables.

Hay principios y reglas de la ética cuya presencia vemos que hace buena falta y tratamos de difundirlos.

Por tu parte, lector, interpreta debidamente el verbo leer.

Leer significa, como operación mental, recoger ideas y sentimientos; nutrir con ellos el alma.

Para eso escribimos, para que se nos lea.

Nosotros creemos estar cumpliendo nuestros deberes.

¡Lector, cumples tú, justamente, lo que te corresponde hacer?

ALOCUCION FUNEBRE

Pronunciada por el Prof. S. Salazar Mora en la Sala de Sesiones del Congreso del Estado, ante el Catafalco del Benemérito Maestro don Serafín Peña en representación de la Escuela Normal de Profesores

Señores:

¡Lo que es la vida humana! ¡Oh impenetrable misterio del destino!

Ayer 21 de Marzo festejábamos, con júbilo inusitado, el onomástico del Benemérito Maestro Don Serafín Peña. Todo fué entonces derroche de alegría. El amor de los hijos convertido en fragantes rosas del alma cayó como hálito de vida, en el corazón del anciano Maestro. Su voz de padre y de apóstol se dejó escuchar llena de ternura y sabiduría.

Mil plegarias subieron al cielo pidiendo la prolongación y la dicha de una existencia tan valiosa como querida.

¿Y quién iba a pensar que aquellas nuestras caricias de fieles hijos eran las últimas que recibía en vida, y su palabra la herencia de su alma?

Hoy todo es sombras y duelo. El maestro ha muerto. Sus restos venerables descansan en un ataúd que el amor de sus hijos ha cubierto de simbólicas flores y bañado con lágrimas de dolor.

Su vida concluyó como acaba la de los justos que refiere la Biblia, llena de pureza y de paz. De esa paz y esa pureza que tan sólo pueden gozar quienes han cumplido con su deber.

El maestro amó la Escuela con un amor que sobrepasa el deber y llega a la virtud heroica.

Jamás dejó de sembrar y cultivar con afán entusiasta las semillas de la verdad y la virtud. Bien puede decirse que vivió siempre para la Escuela.

Justísima razón tenemos para deplorar la eterna desaparición de una vida que tanto bien hizo, que dió tantos frutos, que tanta gloria conquistó para el pierde uno de sus hijos más preclaros.

La Escuela Normal de Profesores, uno de los Institutos por donde el Maestro pasó dispensando a manos llenas, la riqueza de sus enseñanzas, guardará para él pere-

me recuerdo de gratitud y de amor.

Y por mi humilde conducto, viene en este día de tristeza a rendir el homenaje de su gran cariño sincero y a mostrar públicamente el justo dolor causado por el infausto acontecimiento que lamentamos.

Señores, si en ocasión de fiesta, elogiando al Benemérito Maestro D. Serafín Peña, pudé decir: *he aquí el verdadero modelo de una vida que debiéramos imitar todos los que profesamos la noble causa del magisterio*, hoy ante sus restos venerables, cubiertos de simbólicas rosas, es oportuno que os diga: así se muere, lleno de la paz que sólo puede dar el deber cumplido y transpirando la gloria de la virtud heroica. Maestro, desaparecerá tu cuerpo bajo la tumba, pero tu alma sigue viviendo en la eterna linfa de las enseñanzas que tú nos legastes.

Tu recuerdo será para nosotros motivo de eterna gratitud, de admiración y de noble orgullo.

Nada lo borrará, porque es cierto que "el tiempo es la pesada losa que cubre las grandezas humanas; pero es impotente para apagar los rayos del genio y de la virtud heroicas" y más aún para extinguir el fuego de un cariño y una gratitud que fueron conquistadas a fuerza de amor fiel y de trabajo constante.

Maestro, descansa en paz y que Dios premie tus virtudes.

Vivamos en continua vigilancia sobre nuestra conducta para conservarla siempre en la práctica de las virtudes sociales tan indispensables para la vida y el progreso de toda agrupación.

El valor o estimación de nuestras aptitudes como socios está en razón directa de la cultura social que hayamos adquirido y estriba en ellas la conquista de los mejores frutos.

En los tiempos que corren, se habla con fervor apostólico sobre la necesidad y la conveniencia de que los hombres se asocien; pero quienes han entendido que sólo basta juntarse en montones como las arenas del desierto, como las piedras del río o como los rebaños de pacíficos o feroces animales, han sufrido enorme equivocación. Sin armonía y sin unión, no es posible la existencia de sociedad alguna, y sólo podrá haberlas donde se cultiven las virtudes sociales.

TEORICOS DE LUCAS

VIRTUDES SOCIALES

Para que existan la armonía y la unión entre los miembros de una familia, es necesario que sean un hecho la tolerancia de los defectos, el respeto al derecho ajeno, el cumplimiento exacto de nuestros deberes sociales y el que se evite la práctica de todo aquello que divida o predisponga los ánimos de quienes han de convivir por largo tiempo.

El cariño que todo lo perdona y que, cuanto más puro y firme, más se afana en buscar el mutuo agrado de los elementos que armoniza y que une, hace viable la realización de lo que parece más difícil y casi imposible.

Si de otro modo sucediera, cada hogar semejaría un campo de batalla cuyos contrincantes estuvieran dispuestos siempre a romper el fuego por el más leve motivo. Hogares de la tal naturaleza serían un infierno: nunca jamás el hogar ideal que debe ser mansión de dulce paz y de inefable dicha.

No se necesita grande esfuerzo para encontrar modelos de tales hogares que muestren la triste evidencia de lo afirmado.

De ellos sólo resta decir que tan imposible como su vida, serían el progreso y el bienestar a que aspira toda familia para cumplir fielmente su misión sobre la tierra. Progreso y bienestar capaces de trascender a la sociedad civil y hasta la Patria.

No de otra manera acontece en Sociedades como nuestra Recreativa "Acero", cuyos caracteres de existencia semejan una gran familia. Es, pues, indispensable que entre los miembros que la forman, existan la armonía y la unión para que puedan alcanzarse los fines o ideales perseguidos con sus trabajos.

Razón hay de sobra para procurar, por todos los medios posibles, evitar la práctica de todo aquello que origine disgustos y riñas entre los coasociados.

Mas como no somos perfectos, y de cuando en cuando despierta dentro de nosotros y pretende sacar su destructora mano la bestia del egoísmo, es preciso que llamemos en auxilio de los intereses comunes a la razón y a la prudencia que aconsejan y exigen el sacrificio del amor propio para bien de la colectividad.

Si a la hora de nuestra conductauviésemos siempre a la vista la indicación y el alcance de nuestros deberes y de nuestros derechos, no sólo como socios, sino aún como amigos o caballeros, poco esfuerzo nos habría de costar el mantener esa armonía y esa unión tan predicados por todos; pero casi nunca puestas en acción continuada y eficaz siquiera por unos cuantos.

TOPICOS DE LUCAS